



El Joker : Peter Lorre

Autor:
Jelinek, Elfriede

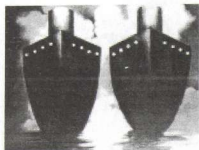
Revista
Mora

2006, N° 12, pp. 88-91



Artículo





"El Joker. Peter Lorre"

Elfriede Jelinek

Siempre tengo la impresión de que Peter Lorre se halla a cada instante comprobando si en su cara está todo en su sitio. Parece que si no lo hiciera así, sus rasgos podrían borrarle. En rigor, cada cosa en su rostro (que es pequeño) parece demasiado grande para el espacio que lo contiene. No se trata de los ojos, tampoco de la nariz, pero sí, en cambio, de la boca. Esa cara es como un montículo de tierra de jardín en cuya superficie no asoman los rasgos- sino que crecen- como diría un jardinero. Crecen con exuberancia. Por ello, semejante rostro sólo podría pertenecer a un actor determinado; que, al mismo tiempo, no importase que fuera un hombre, una mujer o un niño. En la medida en que ese rostro se torna un elemento típico, puede también ser el atributo de cualquiera. Y, dado que esos rasgos tan particulares que allí surgen pueden, como si dijéramos, diluirse en el éter -volatilizarse- sin que lleguen nunca a materializarse; pueden también hospedar a un asesino, a un criminal nazi, a un asesino que sea una víctima o a una víctima que, en realidad, sea un asesino. O a un niño que sea, al mismo tiempo, el asesino de otros niños.

Los niños son -como se sabe- los seres más crueles de la tierra; eternamente inocentes viven siempre en el mismo estado, mientras dura su cualidad de niños; que, por otro lado, no puede durar toda la vida. Peter Lorre es un actor detenido en el tiempo de los niños. Él sabe eso pero es culpable y, al mismo tiempo, inocente. Con su persona se trata de alguien que, sin embargo, ha visto ya mucho por su cuenta. Y esto es como tan a menudo sucede con los avisos de luz de neón que uno debe tolerar en una noche de insomnio desde un cuarto de hotel solitario: se deja pasar sobre el rostro la luz hasta que se apaga para que la gente pueda dormir tranquila, al menos a la hora de los lobos (claro, nadie sale de compras durante la noche), y así la cara permanece imperturbable hasta la mañana. Más tarde, el rostro será nuevamente bañado por la luz, el actor ha de interpretar su papel y la cara tendrá nuevamente su figura, es decir, tendrá todos sus rasgos. El rostro ha de apuntarse para una nueva jornada, cuando deba hacer algo y se le exija hacerlo. La cara se presentará para aparecer bajo la



* El texto original, "Der Joker", fue publicado en *Peter Lorre - Ein Fremder in Paradies* [Peter Lorre - Un extraño en el paraíso], bajo la dirección de Michael Omasta y Elisabeth Streit, Zsolnay Verlag y Österreichisches Filmmuseum, Viena 2004 (págs. 105-109).

luz de los reflectores frente a la cámara, de donde surgirá para conformarse cuando todo haya, al fin, tomado forma. De ese asesino de niños - o asesino-niño - habrá de saberse todo y, a la vez, nada.

Así, ese rostro habrá de asomarse para devenir anonadado, tímido, violento, demoníaco, ambiguo, anciano e infantil al mismo tiempo. Y ahora lo que voy a decir será trivial pero, sin embargo, debo decirlo: no conozco ningún actor que me produzca esta impresión. Una película muchas veces nos hace pensar: ¿Estoy despierto o soñando? Peter Lorre nos responde: ambas cosas a la vez. El proceso químico de aquello que el film produce de cautivante es (en el caso de Peter Lorre) todo menos estar cautivo; pues ningún impulso de ese rostro puede impedirnos hacer cosas u obligarnos a algo. Esos impulsos no van a ningún lado ni tampoco proyectan a casi nadie hacia ninguna parte, pues Peter Lorre nunca ha interpretado el papel de ningún amante famoso. ¿O acaso me equivoco? Al menos a mí no se me ocurre de ningún caso, pero no puedo dejar de notar que sus rasgos se disipan en el aire. Se escapan por sí solos. De ahí que sea tan difícil retenerlos y, sin embargo, esos rasgos cautivan, como se dice en lenguaje de cine. Y aquí se da el extraño hecho de que algo sea conjurado en el celuloide, mientras somos nosotros los que lo miramos hechizados, cuando se persigue al asesino o cuando es él quien persigue a su víctima. Entonces, precisamente es ese el rostro que se presenta ante nosotros, pero cuando lo queremos asir se nos hace inasible, como un niño que mira con ojos maliciosos; o como cuando aparece Humphrey Bogart o cualquier otro de los famosos de pantalones con tiradores y ésa es la esencia de la historia que cuenta el film (pues el argumento no existiría sin ellos).

Peter Lorre, en cambio, aparece lanzado (no sé cómo) en el medio de la acción, como si él mismo no quisiera estar allí; pero debe hacerlo porque, de lo contrario, todo fracasaría. Los demás lo desprecian por sus ojos, por su boca, pero también le tienen piedad. También esto sucede con frecuencia: lo desprecian y se apiadan de él al mismo tiempo. ¿Será que ese rostro es tan difícil de aprehender, porque cuando él se sirve de cualquiera de los estereotipos populares, lo que se percibe y lo que está detrás es, al mismo tiempo, un *cliché* y el escamoteo del *cliché*? No existe verdaderamente otro actor que elabore su papel tanto sobre la base del *cliché* como Peter Lorre; pero, sin embargo, ese rostro se escapa de ese *cliché* que ha devenido típico, pues apenas uno trata de buscar el tipo humano en el Libro de la Vida, él ya se ha tomado otro y ni siquiera sabemos su edad que es estática en todo el correr de la película, pues tendrá tanto diez como cien años.

Ese rostro de Peter Lorre oscila entre fenómeno y objeto. Y también está el objetivo de ese fenómeno. El objetivo en las películas en que actúa Peter Lorre se da a primera vista, no bien se lo menciona. Y a ese objetivo se lo reconoce en su misma mirada, que siempre es la primera mirada que alguien dirige en el film. Se trata de una mirada en la que lo que se prueba es si da en el blanco. Quizás porque este actor no existe en el momento en que uno justamente ve enseguida quién es. En ese instante, él se manifiesta. Su aparición la determina un director. Peter Lorre se presenta como un fenómeno de algo que varía entre ser el perseguidor o el perseguido, no existe la posibilidad de una tercera alternativa. Los niños no tienen, en efecto, muchas posibilidades; pero (como ya se dijo) este niño es, al mismo tiempo, entrado en años y conoce la vida antes de que comience. Al ver a Peter Lorre, uno sabe ya cómo va a terminar la cosa. Se escapará o el film terminará con su muerte. Nunca terminaría en casamiento.

No sé, pero siempre que veo a Peter Lorre en una película siento algo muy especial: como si él no hubiera tenido la opción de aceptar o rechazar ese papel. Y esto sucede no porque exista un motivo u otro para que se lo hayan dado, sino porque tengo la impresión de que la única alternativa para esta labor suya es que ningún otro la cubra.



Una no aparición suya, que estuviera muy pegada a su persona, sería como un pozo oscuro. Bogart, Jimmy Stewart, Edward G. Robinson (y éste último es el que más se le acerca, aunque, en este caso, se trata siempre de un personaje y no de un fenómeno como Peter Lorre), los tres poseen una existencia que va más allá de sus papeles cinematográficos, pues llevan una vida activa fuera de la pantalla. Peter Lorre, el eterno perseguidor, que ya ha libado de la vida todos sus jugos ("sucker" significa en inglés el "bebé de pecho", pero también el "principiante avasallador"), antes de que transformado en técnica, luz y sombra (mucho sombra) se lo haga comparecer en la pantalla, significa una

aparición a la que no le resta nada; pues detrás de esta posibilidad lo que quedaría sería el liso y llano no cubrimiento del papel.

Quizás sea justamente esta adicción, originada en ellos mismos, la que les da a los individuos un perfil, cuando han sucumbido a su inyección o cuando han tomado la pizca de su dosis o la han inhalado o absorbido. Y estas personas tampoco tienen la posibilidad de elegir no inyectarse: están compelidos a hacerlo. Y quizás sea esta fuerza pasional por sorber el meollo de la vida la que produce el efecto de que Peter Lorre siempre está haciendo un esfuerzo sobrehumano para lograr el grado extremo del ser, que va a la par con la impresión que surge de que él está alcanzando así un aspecto extremo de su personalidad.

Y en el momento en que aparece (como si no tuviera otra opción), Peter Lorre existe gracias a las relaciones que él pone en juego con los otros personajes en tal y cual film. Él es quien conduce a los otros, inclusive en los casos en que su papel sea totalmente marginal, siendo él quien parece estar fuera de lugar. Peter Lorre sobrepasa las conexiones con los otros, justamente en el sentido en que él las hace posibles (algo así como en el juego de naipes sucede con el "joker") pues ni siquiera sabemos si es hombre o mujer (¡qué extraño pero en *El Halcón Maltés* Peter Lorre no interpreta al pequeño Wilbur, el amante afeminado de Sydney Greenstreet, sino que este papel le ha tocado en suerte a Elisha Cook jr., un actor a quien normalmente se conoce en roles de gangster!), aunque esto no signifique que aparezca como asexuado. Más bien se trata de alguien muy sexuado. Peter Lorre se halla siempre detrás de sí mismo; pues (aunque tiene versatilidad) siempre es él, el único.

Por otro lado, esta personalidad única es la de alguien que es un *joker*, que, aunque inconfundible, puede hacer cualquier papel. Por eso, lo llaman allí donde hay un hueco; pues no sólo puede hacer cualquier cosa, sino que puede sustituir

a cualquiera. El trasfondo de esto no se percibe; pero justamente en el caso de Peter Lorre uno se da cuenta de que ese trasfondo tiene que existir, dado que, de otro modo: ¿dónde se escondería este niño-hombre y de dónde volvería a surgir? Porque ese individuo no tiene vida propia; su vida es, como en el caso de todos los adictos, la droga. Peter Lorre vive de y por una substancia de artificio. Nada y, a la vez, todo. Su aparición no es tal que uno pudiera considerarla una más (una que con frotarse los ojos, ya habría sido suficiente para exorcizarla), sino que esa presencia nos pone en claro sobre la diferencia entre aparecer ante nosotros y mostrarse. Al mostrarse Peter Lorre está, al mismo tiempo, más ausente que cualquier otro actor que yo conozca. En tanto ni siquiera su sexo está totalmente establecido; Peter Lorre es justamente aquél que toma la palabra por cada uno de nosotros y al hacerlo nos pone ante la evidencia de que somos seres desconectados de todo contexto, degradados; degradados en el sentido de que existimos.

Por ello, Peter Lorre ha interpretado siempre personajes degradados; pero justamente aquella clase de degradados de los que uno solamente sospecha lo que una vez pudieron ser, pero se sospecha también que ese pasado no habría sido algo mucho mejor que su vida actual. En este sentido, tal vez no debería usarse la palabra "degradado", y (si esta palabra fuera correcta) lo sería sólo por el hecho de que su aparición en la pantalla no es un signo (porque esa aparición lo es de algo que no se sabe qué es: un criminal que huye de la nada; un psicópata vertiginoso que escapa hacia la nada), sino que apunta a algo que se halla en el abismo formado entre aquello que es y aquello que parece, un abismo que nada podrá unir, salvo esa nada que nunca se presentará en persona. Esa nada envía justamente al *joker* para que se vea.

Traducido del alemán por José Amicóla

